

de los hombres que se han adherido á la salvacion comun, escriba en sus páginas dos nombres únicamente: el nombre del pueblo, que todo lo ha salvado, y el de Dios, que ha bendecido la fundacion de la república.”

VII.

Estas últimas palabras escitaron unánimes aplausos de los representantes y de las tribunas.

Lamartine, de vuelta á su asiento, se vió precisado á levantarse tres veces para inclinarse ante la asamblea, y corresponder de este modo á los saludos con que la representacion nacional le honraba. Todo indicaba que la popularidad, que se habia adherido en Paris á su nombre y caracterizado por dos millones y trescientos mil votos en los departamentos, le seguiria rodeando en la asamblea nacional, si voluntariamente no renunciaba á ella.

Cada ministro leyó sucesivamente desde la tribuna el informe especial de los actos de su dependencia, y todos recibieron la sancion de los aplausos de la asamblea. Lamartine desarrolló mas que sus colegas el cuadro de la situacion de la nueva república respecto á la Europa. La Francia esperaba con impaciencia este cuadro, como habia esperado el manifiesto á las naciones, pues conocia que su suerte interior dependia de su actitud exterior, y por lo mismo deseaba ardientemente hacerse cargo de ésta para conjeturar su porvenir. Hé aquí el discurso del ministro: era su manifiesto en accion, llevado á cabo por tres meses de pruebas.

“Ciudadanos, dijo: en la historia hay dos clases de revoluciones; las de territorio y las de las ideas: las primeras se reasumen en conquistas ó en trastornos de nacionalidades y de imperios; las segundas en instituciones. La guerra es indispensable para aquellas; para estas es precisa la paz, como madre de las instituciones, del trabajo y de la libertad: á veces, no obstante, los cambios de institucion que un pueblo opera llegan á ser, aunque no salgan de sus límites, motivos ú ocasiones de inquietud y de agresion contra él de parte de otros pueblos y de otros gobiernos, ó se convierten en crisis de trastornos y de irritacion entre las naciones vecinas. Una ley de la naturaleza prescribe que las verdades sean contagiosas, y que las ideas tiendan á nivelarse como el agua. En este último caso, las revoluciones participan, por decirlo así, de dos naturalezas de movimientos que ya hemos señalado; son pacíficas como las revoluciones de ideas, y pueden verse precisadas á recurrir á las armas, como las revoluciones de territorio: su actitud exterior debe corresponder á estas dos necesidades de su situacion: se muestran inofensivas, pero están alerta, y su política puede caracterizarse en dos palabras: una diplomacia armada.

“Estas consideraciones, ciudadanos, han determinado desde la primera hora de la república los actos y las palabras del gobierno provisional en el conjunto y en el pormenor de la direccion de nuestros negocios exteriores. Ha querido y ha declarado que queria tres cosas: la república en Francia, el progreso natural del principio liberal y democrático, confesado, reco-

nocido y defendido en su existencia, en su derecho y en su tiempo; y por último, la paz, si la paz era posible, honrosa y segura con estas condiciones.

“Vamos á demostraros cuáles han sido, desde el día de la fundacion de la república, hasta el presente, los resultados prácticos de esta actitud de desinteresada adhesion al principio democrático en Europa, combinado con el respeto debido á la inviolabilidad material de los territorios, de las nacionalidades y de los gobiernos. Esta es la primera vez que se presenta en la historia un principio desarmado y puramente espiritualista á la Europa organizada, armada y aliada en favor de otro principio; la primera vez tambien que el mundo político se trastorna y se modifica por sí mismo ante el poder, no de una nacion, sino de una idea. Para medir el poder de esta idea en toda su estension, retrogrademos hasta el año de 1815.

“1815 es una idea que cuesta trabajo recordar á la Francia. Despues del asalto de la coalicion contra la república; despues de los prodigios de la convencion y la esplosion de la Francia armada para rechazar la liga de las potencias enemigas de la revolucion, despues de la expiacion de las conquistas del imperio, de las cuales solo pretende la Francia revindicar la gloria, la reaccion de las nacionalidades violadas y de los reyes humillados se levantó contra nosotros; el nombre de la Francia no tenia ya límites, y los territoriales de la Francia geográfica se estrecharon mas por los tratados de 1814 y 1815, pareciendo desproporcionados al nombre, á la seguridad y al poder moral de una na-

cion que tanto se habia engrandecido en influencia, en fama y en libertad. La base del pueblo frances se consideraba tanto mas mezquina, cuanto que el mismo pueblo habia llegado á ser mucho mas grande.

“El tratado de 1814, que liquidó nuestra gloria y nuestras desgracias, nos quitó en colonias á Tabago, Santa Lucía, la Isla de Francia y sus dependencias, las Secheles, la India francesa, reducida á proporciones puramente nominales, y Santo Domingo, de la cual nos veiamos desposeidos de hecho, y que era preciso volver á vender ó reconquistar.

“En territorio anejo al suelo nacional, el tratado de 1814 reunia como compensacion á la Francia, al Norte, algunas jurisdicciones de fronteras, que consistian en diez cantones agregados á los departamentos de Mosela y de los Ardenes; al Este, un término de algunos distritos al rededor del Landau; al Mediodía, la parte principal de la Saboya, que consistia en los distritos de Chambéry y de Annecy; y por último, el condado de Montbeliard, Mulhouse y las jurisdicciones alemanas encerradas en la linea de nuestras fronteras.

“Los tratados de 1815, represalias de cien días de gloria y de reveses, nos despojaron casi repentinamente de aquellas débiles indemnizaciones de las guerras de la coalicion. Restituyeron por entero la Saboya francesa á la Cerdeña, de modo que convirtieron á Lyon, capital comercial de la Francia, en plaza de guerra fortificada. Los Países Bajos arrancaron de nuestro suelo á Philipeville, Mariembourg, y el ducado de Bouillon, en que teniamos antes dere-

cho de ocupacion y de establecer guarniciones; la Prusia á Sarrebourg, cuyo corazon permaneci6 frances; la Baviera, algunos distritos; la Suiza á Versoix, lengua del pais de Gex, que nos proporcionaba su puerto en el lago de Ginebra: se demolieron las fortificaciones de Huninga; se nos prohibió fortificar nuestra frontera á la distancia de tres leguas de Basilea, y por último, se nos hizo renunciar en favor del rey de Cerdeña el derecho de proteccion y de guarnicion que poseiamos antes de la revolucion en el principado de Monaco. Una ocupacion humillante de nuestras plazas fuertes y una indemnizacion de cerca de mil millones, castigo de nuestros triunfos, diezmaron el poder exterior y la potencia reproductiva de la nacion. La restauracion aceptó el trono con estas condiciones, y esa fué su falta y su pérdida, porque ni la paz, ni la carta, primera piedra de la libertad, fueron compensacion suficiente, ni una dinastía puede engrandecerse impunemente á espensas del anquilamiento del país. Sin embargo, considerando solo los intereses de la nacion, la santa alianza era un sistema antipopular, pero no esencialmente anti-frances.

“La dinastía de la rama mayor de los Borbones podia, uniéndose á este sistema, encontrar en él un punto de apoyo para su legítima influencia, ó para adquirir el complemento del territorio. Si la Italia, en la cual queria el Austria á todo trance dominar sola, prohibia al gabinete frances toda alianza sólida y simpática con esta potencia, se le abria la alianza rusa. Esta alianza, favorable al engrandecimiento oriental de la Rusia, que siempre se inclina hácia el

Oriente, podia dar al equilibrio continental, cuyo eje hubiera sido la Alemania, dos pesos iguales y preponderantes en San Petersburgo y en Paris. La restauracion tuvo algunas veces la conciencia de estas ideas; se atrevió á declarar quiénes eran sus amigos y enemigos, y se vió sostenida contra los celos de la Gran-Bretaña por el espíritu continental. Con este apoyo secreto disputó con perseverancia la supremacia del Austria, en Italia, hizo la guerra impopular pero no anti-francesa, de España, y conquistó Argel. Su diplomacia fué menos anti-nacional que su politica.

“La revolucion de Julio, que abortó antes de tiempo, constituia una monarquía revolucionaria, un trono republicano. La Francia no tuvo entonces por completo el valor de sus ideas, y el carácter incompleto y contradictorio de aquella revolucion daba al gobierno producto de los tres dias los inconvenientes del trono dinástico, sin ninguna de las ventajas de la legitimidad. Era la santa alianza, menos el dogma y menos el rey; monarquía compuesta de un principio electivo y de otro republicano á los ojos de los reyes; república sospechosa de monarquía y de traicion al principio democrático á los ojos de los pueblos.

“La politica exterior é interior de aquel gobierno misto debia ser dentro y fuera una perpetua lucha entre los dos principios contrarios que representaban. El interes dinástico le prescribia entrar á todo evento en la familia de las dinastías clasificadas, y necesitaba comprar la tolerancia de los tronos por medio de incesantes complacencias: tambien le era preciso con-

quitar en el interior el derecho de ser débil en el exterior, y de aquí provino el sistema del gobierno de Julio: una Francia convertida en potencia secundaria de Europa, y una oligarquía comprada á fuerza de favores y de seducciones. La una arrastra á la otra, y además, el espíritu de familia, que es una virtud doméstica, puede convertirse en un vicio político en el gefe de una nacion: el nepotismo mata al patriotismo.

“La monarquía de Julio oprimía nuestra política estrangera con el peso de los tronos y de los parentescos que preparaba para sus príncipes. Uno solo de estos pensamientos era verdadero, porque correspondía á la gran necesidad humanitaria; la paz. Por este pensamiento justo ha durado aquella monarquía diez y siete años. Pero lo que conviene á la Francia no es esa paz subalterna, que compra los dias y los años haciéndose pequeña, prorogando sus influencias, violando los principios, oscureciendo el nombre y comprimiendo los brazos de la nacion: esta paz humilla á un pueblo, al paso que lo debilita.

“Para que la paz sea digna de ella, la república debe engrandecerse por la paz. Pues bien; para que se engrandeciese la monarquía de Julio, le faltaba el sello de una idea. Su bandera monárquica aparecía con la mancha de una usurpacion; su bandera democrática se veía eclipsada y oscurecida cada vez con mas empeño.

“Su política exterior se veía obligada á presentarse tan descolorida como su principio; fué, pues, una política negativa; evitaba los peligros,

y no podia por lo mismo hacer creer que era grande.

“Hé aquí aquel reinado en el exterior. Los Países-Bajos se dividieron en dos partes al rechazo de las jornadas de Julio: la mitad formó ese poder neutral é intermediario, convertido últimamente para la Francia en reino de Bélgica, y esta fué durante los últimos diez y ocho años la única modificación que en beneficio de la Francia se hizo en las circunscripciones territoriales de la Europa.

“La Rusia le manifestó una repulsion constante y personal, que no se dirigía á la Francia, pero que reflejaba de la dinastía en la nacion. En vano arrastraban á su gobierno hacia una alianza francesa los mas urgentes intereses de la Rusia: la antipatía de los reyes se interponía entre las simpatías de los pueblos. Aquella corte empleó en apoderarse violentamente de la Polonia, y en buscar despacio por el Cáucaso el camino de la India, los diez y ocho años de vida de la monarquía de Julio.

“Al Austria debió, alternativamente caricias é injurias. De este modo la Francia, halagada y ofendida por la mano hábil, aunque ya envejecida, del príncipe de Metternich, sacrificó la Italia entera y la independencia de los estados confederados de Alemania á las sonrisas de la corte de Viena. La insurreccion reprimida de concierto de Italia, en 1831, y Cracovia borrada en la carta geográfica en 1846, midieron la escalera siempre descendente de aquellos obsequios del gabinete de las Tullerías á la política del Austria.

La Prusia, cuya seguridad y grandeza estaban en la alianza de la Francia, entabló otra desesperada y contra toda razón natural con la Rusia, convirtiéndose así en vanguardia del poder ruso contra la Alemania, de la cual es el puesto avanzado. De este modo perdió la popularidad germánica que el gran Federico la había dejado.

Los estados de la confederación del Rin, descuidados por la Prusia, intimidados por el Austria y oprimidos por la Rusia, flotaron entre la alianza de las dos primeras potencias, según las circunstancias, siempre alejándose de la alianza francesa por los recuerdos de 1815, y por la connivencia del gabinete de las Tullerías, que los abandonaba á la omnipotencia austriaca. Pero durante estas oscilaciones de los estados secundarios de la confederación germánica, se formaba en Alemania un tercer estado, germen de la democracia, aguardando únicamente para darse á conocer una ocasión propicia de emancipación de dichos estados, y á que el pensamiento francés volviese á los verdaderos principios de alianza y de amistad con los estados alemanes del Rin.

Irritados los Países-Bajos por el desmembramiento de la Bélgica, conservaban preveniciones contra la Francia, y se unían en el continente á la Rusia, y en el Océano á la Inglaterra. Por ambos motivos se veía escluida la Francia de su sistema de alianza.

¿Cuáles eran nuestras relaciones con la Gran-Bretaña? Su política, enteramente marítima antes de la revolución francesa, era á la vez marítima y continental después de la guerra de 1808,

en España, y de 1815 en todas partes. Sin repugnancia para con la monarquía de Julio, la Inglaterra había dado al trono un concurso útil en las conferencias de Londres en 1830 y 1831, por esa especie de mediación continental que había ejercido entre la Francia, la Alemania y la Rusia: la Inglaterra había mantenido el equilibrio del continente, y en este equilibrio consistía la paz. Mr. de Talleyrand por su parte había convertido esta paz en un proyecto de alianza del principio liberal constitucional, que fué lo que se ha llamado la cuádruple alianza entre la Francia, la Inglaterra, la España y Portugal. Si este germen no se hubiese sofocado en su origen; si se hubiese desarrollado enérgicamente, estendiéndose á Italia, á la Suiza, á las provincias rhenanas germánicas, hubiera podido cambiarse en un sistema de progreso liberal de los pueblos del Mediodía y del Este, y crear una familia de naciones y de gobiernos democráticos invulnerables á los esfuerzos de las potencias absolutistas: para este resultado necesitaba la Francia un gobierno que se atreviese á confesar sus principios. La corte de las Tullerías solo trabajaba para borrar ó hacer olvidar los suyos, y las ambiciones puramente dinásticas, cubiertas y descubiertas continuamente por el gobierno francés, relativamente á España, no debían tardar en arruinar, con detrimento de la Francia y de los pueblos libres, aquella alianza inglesa, rebuscada con tantas complacencias y rota por tanto egoísmo.

La cuestión de Oriente sobre la cual anduvo fluctuando la política general desde 1838 hasta 1841, fué el primer motivo de desvío, y

luego de conflicto diplomático y de acritud entre los dos gobiernos. Ya conocéis esa negociacion que comprometió la paz, que armó á la Europa, y que acabó por la vergüenza y por el secuestro de la Francia.

«El imperio otomano se descomponia; el bajá de Egipto, aprovechándose de su debilidad, invadia la mitad del imperio, sustituyendo la tiranía árabe á la tiranía turca. El vacío abierto en Oriente por la desaparicion de la Turquía iba á llenarse irremisiblemente ó por el islamismo bajo otro nombre, como el de Ibrahim, ó por la omnipotencia rusa, ó por la omnipotencia inglesa. La Francia tenia tres modos de considerar la cuestion de Oriente y de resolverla: ó sostener francamente el imperio otomano contra el bajá insurreccionado y contra todo el mundo, ó aliarse con la Rusia, empujándola en su pendiente hácia Constantinopla, y obtener á este precio una alianza rusa y compensaciones territoriales sobre el Rhin, ó aliarse con la Inglaterra, cediéndole el paso en Egipto, que es su camino preciso para la India, y estrechar de este modo su amistad, recibiendo en cambio ventajas continentales y grandes protectorados franceses en la Siria.

«El gabinete de las Tullerías no supo ser franco, ni se atrevió á ser ambicioso. Abandonó la Turquía á su agresor; despues abandonó este agresor á la Rusia, á la Inglaterra y al Austria, alejando de sí las simpatías del imperio otomano, de la Rusia, de la Inglaterra, de la Prusia y del Austria. Reformó con su propia conducta la coalicion moral del mundo contra nosotros, y todo concluyó con poner á la Francia fuera de

la ley europea, y con la nota del 8 de Octubre, confesion de debilidad despues de sus actos provocadores, aceptacion de abandono en medio de la Europa, amalgamada en un resentimiento general contra nosotros.

«El tratado de reconciliacion de 30 de Julio de 841 palió en vano aquella situacion: el matrimonio de un príncipe de la dinastía francesa con una heredera eventual de la corona de España, era desde entonces el único pensamiento de la política dinástica, á la que se sacrificaba la Francia. El cumplimiento de este deseo debia romper en breve los últimos lazos de amistad entre la Inglaterra y la Francia; pero poco ambicioso en provecho de la nacion, el gabinete de las Tullerías afectaba querer dos tronos á un tiempo para una sola familia, sustituyéndose la política póstuma de la casa de Borbon á la política de libertad y de paz en el continente. La Francia solo recogia de aquel matrimonio enemistad permanente del gabinete británico, la envidia de las córtes, la suspicacia de la España y la seguridad de una segunda guerra de sucesion. Por este primer vértigo del trono, pudieron conjeturar los hombres de estado otros muchos que se sucederian, así como su próxima caída.

«No tardaron en confirmar estos síntomas otros nuevos. Sospechosa á la España, odiosa á la Rusia, deshonrada en Turquía, indiferente á la Prusia, amenazadora para la Inglaterra, la política dinástica del gabinete francés se volvió contra lo natural hácia el Austria, contrasentido que no solo le costaba su grandeza y su seguridad, sino tambien su honor. Para obtener

del Austria el perdón de la casa de Borbon, era preciso rebajar en todas partes ante esta potencia la bandera de la revolucion y sacrificarle, á un mismo tiempo la Italia, la Suiza, el Rhin, la independencía y el derecho de los pueblos; era preciso formar con el Austria la liga del absolutismo, sofocando para su provecho y nuestro deshonor los gérmenes de independencía, de liberalismo y de fuerza nacional que se manifestaban desde el estrecho de Sicilia hasta el corazón de los Alpes. El gabinete frances se atrevió á conformarse con esta política servil y á defenderla en una cámara francesa: pero el alma revolucionaria de la Francia se sublevó indignada en su seno: el ministerio dinástico compró la votacion de la mayoría para vender impunemente el principio nacional y el principio democrático en las negociaciones relativas á la Suiza y á la Italia. Pocos dias despues arrastró al abismo un trono, que le habia arrastrado y confundido en su personalidad.

“Así, despues de diez y ocho años de reinado y de una diplomacia que se juzgaba hábil porque era interesada, la dinastia devolvía la Francia á la república, mas reducida, mas aprisionada entre limites y tratados, mas incapaz de movimiento, mas exhausta de influencias y de negociaciones esteriore, mas cercada de lazos y de imposibles, que jamas lo estuvo en época alguna de la monarquía; sujeta por la letra, tantas veces violada contra ella, de los tratados de 1815, escluida de todo el Oriente, cómplice del Austria en Italia y en la Suiza, esclava de la Inglaterra en Lisboa, comprometida sin provecho en Madrid, obsequiosa en Viena, tímida

en Berlin, odiada en San-Petersburgo, desacreditada en Lóndres por su falta de buena fé, desertora de los pueblos por su abandono del principio democrático, al frente de una coalicion moral anudada en todas partes contra la Francia, y que no le dejaba mas eleccion que una guerra estrema de uno contra todos, ó la aceptacion del papel subalterno de potencia secundaria, vigilada por el mundo europeo: tal era el estado de la nacion, condenada á languidecer y á humillarse, durante un siglo, bajo el peso de una dinastia que tenia que hacerse perdonar de los reyes y de un principio revolucionario, que necesitaba la amnistia de los pueblos ó les hacia traicion.

“La república, que encontraba á la Francia con estas condiciones de aislamiento y de obscuridad, podia tomar dos partidos: hacer una explosion contra todos los tronos y territorios del continente, rasgar el mapa de Europa, declarar la guerra y lanzar el principio democrático armado por todas partes, sin saber si caeria en un suelo preparado para recibirlo y fomentarlo, ó sobre uno impuro y propio para ahogarlo en su sangre.

“O bien declarar la paz republicana y la fraternidad francesa á todos los pueblos, atraerse el respeto de los gobiernos, de las leyes, de los caractéres, de las costumbres, de las voluntades, de los territorios y de las naciones; proclamar en alta voz y tendiendo una mano amiga su principio de independencía y de democracia en el mundo, y decir á los pueblos la verdad sin temor y sin desfigurar los acontecimientos.

“Nosotros no armamos la nueva idea con el hierro y el fuego como los bárbaros, sino con su propio resplandor: á nadie imponemos formas ó imitaciones prematuras ó incompatibles tal vez con la naturaleza; pero si la libertad de tal ó cual parte de la Europa se ilumina con la nuestra; si nacionalidades esclavizadas; si derechos conculcados; si independencias legítimas y oprimidas se levantan por sí mismas, se constituyen, entran en la familia democrática de los pueblos y nos llaman á la defensa de sus leyes y á la conformidad de las instituciones, aquí está la Francia. La Francia republicana no es únicamente la patria, sino el soldado del principio democrático para el porvenir.

“Esta última es, ciudadanos, la política que el gobierno provisional ha creído deber adoptar unánimemente, aguardando á que la nación, reasumida en vosotros, se apoderease de sus propios destinos.

“¿Cuáles han sido en setenta y dos días los resultados de esta política de diplomacia armada en el continente? Ya los conocéis, y la Europa los contempla con una admiración que participa mas del asombro que del miedo.

“La Italia, conmovida ya en su patriotismo por el alma italiana y demócrata de Pio IX, se agita por completo al rechazo del triunfo del pueblo de París: asegurada en cuanto á la ambición francesa, alta y francamente resistida por nosotros, abraza con pasión nuestros principios, y se abandona con confianza al porvenir de independencia y libertad, en las cuales será el principio francés aliado suyo.

“La Sicilia se insurrecciona contra la dominación de Nápoles, y reclama desde luego su constitución: irritada por la negativa, reconquista heroicamente su propio suelo y sus baluartes: las concesiones tardías no la apaciguan; se separa completamente, y convoca su parlamento, proclamándose árbitra absoluta de su suerte. Así se venga de su larga sujeción á la casa de los Borbones, declarando que los príncipes de la casa de Nápoles quedan excluidos para siempre de las eventualidades al trono constitucional de la Sicilia.

“En Nápoles también parece ilusoria al día siguiente: la constitución promulgada por el rey sitiada la monarquía por las demostraciones del pueblo, desciende de concesión en concesión al nivel de un trono democrático de 1791.

“Pio IX, aceptando el papel de patriota italiano, solo retiene la dominación como Pontífice y hace de Roma el centro federativo de una verdadera república, de la cual se manifiesta ya menos un jefe coronado que un primer ciudadano: se sirve de la fuerza del movimiento que le conduce en vez de combatirlo, y ese movimiento se acelera.

“La Toscana sigue este ejemplo. Palermo, Plasencia y Módena intentan vanamente apoyarse en el Austria para luchar con el espíritu de vida de la Italia, pues ceden sus príncipes y triunfa la nacionalidad: la dinastía de Luca desaparece; Venecia proclama su propia república, todavía indecisa sobre si se aislará en sus lagunas, y si se unirá al movimiento republicano ó constitucional de la Italia septentrional.

“El rey de Cerdeña, esperanza por largo

tiempo de la unidad nacional en Italia, al mismo tiempo que su gobierno era el terror del espíritu liberal en Turin, hace cesar, al contacto de la revolución francesa, esa contradicción fatal para su engrandecimiento, y da en prenda una constitución popular al liberalismo italiano.

“La Lombardia conoce en esta señal que ha sonado la hora de la independencia; el pueblo de Milan, desarmado, triunfa, en desigual pelea, del ejército de ocupación que le encadena, y la Lombardia se levanta en masa contra la casa de Austria. Por lo pronto solo proclama sus franquicias, por no mezclar una cuestión de institución á una cuestión de guerra. El grito de la Italia obliga al rey de Cerdeña á separarse, como el Papa y como la Toscana, de los antiguos tratados anti-nacionales con el Austria. Se marcha á Lombardia, y los contingentes aflu-ven de todas partes á su campo de batalla. La campaña de la independencia italiana se prosigue con lentitud únicamente por la Italia, pero al frente de la Suiza y de la Francia armadas y prontas á obrar si el interés de su principio ó la seguridad de sus fronteras les parece comprometida.

“Pasad los Alpes; los resultados de la política del principio francés desarmado, no se desarrollan allí con menos lógica en los acontecimientos, ni con menos rapidez en las consecuencias, pues estallan precisamente en el mismo hogar del principio contrario.

“El 14 de Marzo se pronuncia en Viena la revolución; las tropas quedan vencidas; el pueblo abre el palacio de los emperadores para espulsar de él el antiguo sistema, personificado en

su hombre de estado mas inflexible, el príncipe de Metternich. Se convoca la asamblea de los notables de la monarquía, y se conceden todas las libertades, que son las armas de la democracia; la Hungría se nacionaliza y se aísla por medio de una separación casi completa del imperio; anula los derechos feudales; vende los bienes del clero; nombra un ministerio popular, y para dar una prueba ostensible de su entera separación, establece una secretaría de negocios extranjeros.

“La Bohemia se asegura por su parte una constitución federal independiente.

“En consecuencia de estas segregaciones diversas de la Hungría, de la Bohemia y de la Italia, el Austria, revolucionada interiormente y contenida en el exterior, solo reina ya sobre doce millones de hombres.

“Tres dias despues de los acontecimientos de Viena, el 18 de Marzo, el pueblo combate y triunfa en las calles de Berlin. El rey de Prusia, cuyo espíritu ilustrado y corazón popular parecian de inteligencia con los mismos que combatian á sus soldados, se apresura á concederle todo, y antes que se reuna la asamblea constituyente se promulga una ley completa de elección democrática. La Polonia prusiana reclama en Posen su nacionalidad distinta; el rey consiente en ello, y comienza á fijar así la primera base de una nacionalidad polaca, que otros sucesos contribuirán á engrandecer y asegurar por otro lado.

“En los estados de Wurtemberg anula el rey en 3 de Marzo la censura, y concede la libertad de imprenta y el armamento del pueblo.

“El 4 de Marzo, el gran duque de Baden, demasiado inmediato á la Francia para no dejar tomar su nivel á las ideas que atraviesan el Rhin, acuerda la libertad de las publicaciones, el armamento del pueblo, la abolicion de la feudalidad, y por último, ofrece concurrir al establecimiento de un parlamento unitario alemán, congreso de la democracia germánica, del cual puede salir un nuevo orden de cosas.

“El 5 de Marzo abdica el rey de Baviera y entrega el trono, despues de un combate por las calles, á un principe que une su causa á la causa popular en Munich.

“Desde el 6 al 11 de Marzo abdica tambien el soberano de Hesse-Darmstadt, y se establece en Maguncia el armamento del pueblo, el derecho de asociacion, la prensa libre, el jurado y el código frances.

“El elector de Hesse-Cassel, cuya resistencia á la introduccion del principio democrático, era célebre en Alemania, concede á su pueblo armado las mismas prendas, añadiendo ademas, el principio de un parlamento alemán.

“La insurreccion arranca al duque de Nassau la supresion del diezmo, la organizacion política, el armamento del pueblo y el parlamento alemán.

“El 15 de Marzo se insurrecciona Leipzig, y obtiene del rey de Sajonia, principe ya constitucional, su aquiescencia al principio del parlamento alemán.

“El mismo dia una demostracion popular imperiosa, obliga al principe de Oldemburgo á convocar una representacion.

“El pueblo de Meklemburgo se arma algunos dias despues, y nombra una asamblea preparatoria para elegir el parlamento germánico.

“Hamburgo reforma en sentido mas democrático su constitucion ya republicana.

“Brema reforma asimismo su senado, y accede al parlamento alemán.

“Lubeck, despues de violentos trastornos, conquista el mismo principio.

“En fin, el 18 de Marzo, el rey de los Países-Bajos, anula las instituciones restrictivas de la libertad, en el gran ducado de Luxemburgo, donde la bandera tricolor tremola por sí misma, como una demostracion espontánea del principio frances.

“Todas estas descomposiciones del antiguo sistema; todos estos elementos de unidad federal, se reasumen por el momento en Francfort.

“Hasta aquí habia sido esa dieta el instrumento obediente de la omnipotencia de las dos grandes córtes germánicas, Viena y Berlin, sobre sus débiles aliadas de la confederacion: la idea de un parlamento constituyente en permanencia y en el corazon de la Alemania surgió del contacto de nuestras ideas. Este parlamento de las naciones, representante de los pueblos en lo sucesivo, en vez de serlo de las córtes, llega á ser el fundamento de una nueva federacion germánica, que emancipa á los débiles y forma el nudo de una democracia diversa, pero unitaria. La libertad cada vez mas democrática de la Alemania, buscará necesariamente su apoyo en una potencia democrática tambien, sin otra ambicion que la alianza de los principios y

la seguridad de los territorios. Decir esto, es nombrar á la Francia.

“No proseguiré en los demas estados de Europa la marcha, mas ó menos rápida del principio nacional y del principio liberal, acelerados por la revolucion de Febrero: las ideas invaden todas las naciones, y esas ideas llevan vuestro nombre: en todas partes no teneis mas que escoger, ó una paz asegurada y honrosa, ó una guerra parcial con naciones por aliadas.

“Así por el solo hecho de un doble principio, el principio democrático y el principio simpático, la Francia exterior, apoyándose con una mano en el derecho de los pueblos y con la otra en la masa pacifica pero imponente de cuatro ejércitos de observacion, asiste á las conmociones del continente, sin ambicion ni debilidad, pronta á negociar ó á combatir, á contenerse ó á conquistar para engrandecerse, segun lo exijan su derecho, su honor y la seguridad de sus fronteras.

“¡Sus fronteras! Me he servido de una palabra que ha perdido una parte de su significacion bajo la república: el principio es la verdadera frontera de la Francia; no es su suelo el que se estiende, sino su influencia, su esfera de resplandor y de atraccion sobre el continente; el número de sus aliados naturales; el patrocinio desinteresado é intelectual que ejercerá en los pueblos; en una palabra, el sistema frances, sustituido en tres dias y en tres meses al sistema de la santa alianza.

“La república ha comprendido desde la primera palabra la nueva politica que la filosofia, la humanidad y la razon del siglo debian inau-

gurar por las manos de nuestra patria entre las naciones. No se necesita mayor prueba para conocer que la democracia ha sido inspiracion divina, y que triunfará en Europa tan rápida y gloriosamente como ha triunfado en Paris. La Francia habrá cambiado de gloria, y á esto se reducirá todo.

“Si algunos espíritus todavia atrasados en la inteligencia de la verdadera fuerza y de la verdadera grandeza, ó impacientes por apresurar la suerte de la Francia, echasen en cara á la república el no haber violentado á los pueblos, ofreciéndoles con las puntas de las bayonetas una libertad que se hubiera asemejado á una conquista, les diremos:—“Mirad lo que una monarquía ha hecho de la Francia en diez y ocho años: mirad lo que de ella ha hecho la república en menos de tres meses: comparad la Francia del 23 de Julio con la Francia del 6 de Mayo: ahora tened espera aun para la gloria, y dad tiempo al principio que trabaja, que combate, que trasforma y asimila el mundo por vosotros.”

“La Francia exterior se hallaba aprisionada en unos límites que no podia romper sino por medio de una guerra general: la Europa, tanto los pueblos como los gobiernos, formaban un sistema de una sola pieza contra nosotros; nosotros teniamos cinco grandes potencias coligadas y compactas por un interes anti-revolucionario comun contra la Francia. La España se veia colocada como una dote entre esas potencias y nosotros; se habia hecho traicion á la Suiza; la Italia estaba vendida, y la Alemania amenazada se presentaba hostil. La Francia se encontraba, pues, en el caso de ocultar su ori-

gen popular y hacerse pequeña por medio de agitar á un pueblo ó de inquietar á un rey; consumíase al mismo tiempo á la sombra de una paz dinástica, y desaparecía del rango de las primeras individualidades nacionales, rango que la geografía, la naturaleza, y, sobre todo, su genio le prescribían conservar.

“Quitado ya este peso, considerad el destino á que es llamada por la paz republicana. Las grandes potencias miran desde luego con inquietud, y muy pronto con seguridad, el menor de sus movimientos: ninguna de ellas protesta contra la revision eventual y legítima de los tratados de 1815, borrados por una palabra nuestra tan completamente como por un ejército de cien mil hombres. La Inglaterra no puede ya sospechar que tenemos ambiciones en España; la Rusia está en el deber de reflexionar acerca de la única revindicacion desinteresada que hoy surge entre ese imperio y nosotros: á saber: la reconstruccion constitucional de una Polonia independiente. No podemos chocar en el Norte sino defendiendo, como adictos auxiliares, el derecho y la salvacion de los pueblos slavos y germánicos. La Prusia renuncia á engrandecerse, como no sea por conducto de la libertad, y la Alemania se separa de la influencia de las córtes, y constituye su alianza natural con nosotros: esta es la coalicion próxima de los pueblos arrimados por necesidad á la Francia, en vez de volverse contra nosotros, como lo estaban antes por la política de sus gobiernos.

En una palabra, éramos treinta y seis millones de hombres abandonados en el continente;

ningun pensamiento europeo nos era permitido; ninguna accion colectiva nos era posible: nuestro sistema era la opresion; el horizonte estaba encima de nosotros, y el aire faltaba á nuestra política, así como la dignidad. Nuestro sistema actual es el de una verdad democrática, que se ensanchará en proporcion de la fe social del universo; nuestro horizonte está en el porvenir de los pueblos civilizados; nuestro aire vital es el soplo de la libertad en los pechos de los hombres que saben romper las cadenas de la esclavitud. Todavía no han trascurrido tres meses; y si la democracia debe sostener una guerra de treinta años, como el protestantismo, en vez de marchar al frente de treinta y seis millones de combatientes, contando la Francia por aliadas á la Suiza, la Italia y las demas porciones emancipadas de la Alemania, se pondrá á la cabeza de ochenta y ocho millones de amigos y de confederados. ¿Qué victoria hubiera valido á la república una confederacion semejante, conquistada sin haber costado la vida á un hombre, y cimentada por la conviccion de nuestro desinterés? La Francia se ha levantado de su abatimiento con la caida del trono, como un navío cargado de un peso enorme sobre un solo costado se endereza en cuanto el cargamento se reparte entre los dos con equidad.

“Tal es, ciudadanos, el exacto cuadro de nuestra situacion exterior é interior. La dicha ó la gloria de esta situacion pertenecen por entero á la república. Nosotros solo aceptamos la responsabilidad, y siempre nos felicitaremos por haber comparecido ante la representacion del país, devolviéndole la paz y asegurándole su en-

grandecimiento con las manos llenas de alianzas y puras de toda sangre.”

Prolongados aplausos sucedieron á este discurso, y se pidió su impresion y remision á los departamentos y á las potencias estranjeras.

La asamblea votó que el gobierno provisional habia merecido bien de la patria.

VIII.

En tanto que Paris se entregaba á la seguridad y contento que le inspiraban su soberanía nacional y la armonía que reinaba entre sus representantes y dictadores, se agitaba una gran cuestion en el espíritu público, y sobre todo en el ánimo de Lamartine.

Habia un gran intervalo que pasar entre el advenimiento de la asamblea nacional y el voto de la constitucion. ¿Quién decretaria la forma del nuevo poder ejecutivo? ¿Cuál seria la naturaleza de este poder? ¿Continuarían los dictadores ejerciéndolo en presencia y con la sancion de la asamblea? ¿Lo ejerceria la asamblea directamente por medio de comisiones de gobierno renovadas sin cesar? Por último, lo delegaria la asamblea? Y en tal caso, ¿lo delegaria á uno solo ó á muchos? Estas eran las tres hipótesis que dividian los ánimos.

El primer partido era la dictadura; el segundo la anarquía y confusion del poder; el tercero solo podia ser practicable. Todos estaban acordes respecto á la necesidad de que la asamblea delegase sus poderes; pero despues se dividian, pues los hombres recién llegados á Paris, los menos instruidos del estado de las cosas, los mas

impacientes por un retorno á las antiguas formas, querian que la asamblea nombrase un solo dictador temporal, que debia ser al mismo tiempo primer ministro, nombrar los demas ministros y gobernar por ella.

El menor número pretendia que la asamblea nombrase por escrutinio un consejo ó una comision ejecutiva del gobierno, poder intermedio y fijo entre la asamblea y la administracion: dicha comision nombraria y destituiria á los ministros, convirtiéndose, mientras se establecia la constitucion, no en dictadura, sino en presidencia colectiva de la república.

Esta cuestion interesaba sobre todo á Lamartine, y á él tocaba, en efecto, mas que á nadie resolverla. La Francia, Paris, la asamblea y la Europa tenian fijos los ojos en él en este momento, esperando su determinacion. Algunos deseaban apiaudirle y animarle para la dictadura; otros para acusarle y maldecirle si no aceptaba el papel que la inmensa mayoría le brindaba.

No podia él desconocer que su popularidad en Paris, aumentada hasta el delirio, en vez de gastarse por tres meses de gobierno dichoso, al traves de tantas tempestades; que las diez elecciones que acababan de imprimirle una especie de título representativo universal; que los siete ú ocho millones de votos, que en caso de necesidad se le ofrecian en toda la república, y en fin, que el favor de seiscientos ó setecientos representantes sobre novecientos, le designaban é imponian su nombre, por decirlo así, á la eleccion de la asamblea, como el hombre de las cir-